

# Las incidencias del miedo en la política:

## Una mirada desde Hobbes

**María Teresa Uribe de H.**

Socióloga profesora e investigadora  
del Instituto de Estudios Políticos  
de la Universidad de Antioquia de Medellín

Cuando el capitolio del Estado se vio amenazado un ganso despertó a los filósofos que dormían: era Hobbes. (Foucault)

### Introducción

Las preguntas por el miedo y sus incidencias sobre la política en la Colombia de hoy, irremediablemente evocan la imagen del Leviatán; ese gran hombre artificial, cuyo cuerpo está formado por multitud de pequeñas figuras humanas que se apretujan en la vasta corporeidad del gigante, desdibujadas e imprecisas, como para darle realce y significación a ese nuevo dios mortal, que se alza majestuoso y amenazante sobre un horizonte de pacíficos entornos urbanos y rurales, blandiendo la espada de la victoria y el báculo de la autoridad.

Esta imagen inquietante y perturbadora, propuesta por Hobbes para ilustrar la primera edición de su libro en 1651<sup>1</sup>, despierta reacciones en-

---

1. Con toda probabilidad, el grabado fue cuidadosamente comentado por el propio Hobbes con el grabador Wenzeslaus Hollar y realizado en París, donde vivió Hobbes con anterioridad.

contradas y suscita preguntas muy diversas: ¿Por qué los hombres se refugiaron en el vasto cuerpo del gigante o fue acaso que él los devoró y los convirtió en sangre de su propia sangre? ¿Por qué han desaparecido los rasgos distintivos de los estamentos medievales: las coronas de los reyes, los estandartes de los guerreros, las mitras de los obispos, los yunques de los artesanos y los instrumentos de labranza de los campesinos y todos ellos, despojados de sus signos particulares, aparecen en condición de perfecta igualdad? ¿Por qué reinos y monasterios; castillos y concilios; poderes eclesiásticos y civiles, se ven sometidos a un único poder que los subyuga y los domina a todos y ¿por qué, se destaca en la ilustración del texto esa sentencia de la Biblia en libro de Job que dice: “No hay poder sobre la tierra que se le pueda comparar”<sup>2</sup>.

Esta alegoría del Leviatán, plena de imágenes y de metáforas, que inquieta e interroga al mismo tiempo, es la representación simbólica de lo que sería del Nuevo Orden; el Orden político moderno; el Estado Nacional soberano y unitario, que gobierna sobre un conjunto social pacificado y desarmado, un corpus político constituido y resguardado de las dificultades de la vida en común, una vez que se conjurase el peligro de las guerras civiles y las violencias comunes. Esta alegoría que ilustra la obra del Leviatán está prefigurando el nuevo sentido del poder en la modernidad y el advenimiento de un orden diferente de mando y obediencia.

La realidad política colombiana del presente, atravesada por un conflicto armado persistente y continuado, anudado en torno a la lucha por la construcción del Estado Nacional: con una soberanía puesta en vilo por actores armados de diferente signo y por la gran delincuencia organizada; con una sociedad civil desconfiada y atemorizada que sólo acierta a demandar orden, seguridad y garantías para sus vidas y sus bienes, evoca de manera inmediata al viejo filósofo de Malmesbury, que cons-

---

ridad a la aparición de su gran obra y donde incluso corrigió las pruebas de ella. Ver: GONZÁLEZ, José María. Metáforas del poder. Madrid. Alianza Editorial 1998.

2. Ibid.

truyó sobre la pasión del miedo, el gran edificio de la política moderna.

Las lecturas más convencionales de Hobbes, han puesto su acento en el Pacto; en el contrato que funda el Estado o en la guerra originaria y ancestral, guerra de todos contra todos, que presidiría la fundación del Orden moderno, del Estado y de la Ley; no obstante el interés ahora es el de indagar en otro registro: el miedo en tanto eje constitutivo del Estado Nacional soberano; el miedo, esa pasión que afecta a todos los seres humanos por igual, con independencia de sus rangos y condiciones particulares; miedo esencialmente racional que calcula, prevé y diseña estrategias para conjurarlo y domesticarlo pero que al mismo tiempo produce imágenes, construye representaciones y elabora mitos sobre riesgos y enemigos presentes o futuros; miedo que puede conducir a la guerra y a la violencia para mitigar la incertidumbre que produce el saberse en peligro de ser atacado y sometido o que puede conducir a la creación de un poder común, soberano y unitario, que haga posible la superación de los antagonismos y el logro de la paz.

Para Hobbes, el miedo estaría en la gramática de la guerra y en la filigrana de la paz; sería el artífice del Leviatán y de la soberanía del Estado, mantendría unido y con reglas mínimas de obediencia, al corpus político de la Nación y sería la garantía para el mantenimiento del nuevo orden, el orden político de la modernidad Occidental, librado a la tarea prometéica, —imposible e interminable— de conjurar la contingencia, amortiguar la incertidumbre y reducir la complejidad de la vida social<sup>3</sup>.

Me propongo entonces, hacer una lectura de Hobbes desde la perspectiva del miedo, abordando estos tres puntos: el miedo como fundador de orden político en la modernidad; la ritualización del miedo por la creación del Estado soberano y por último, la tentación de los totalitarismos y los autoritarismos en situaciones de disputa por la soberanía.

---

3. SALAZAR, Luis C. Las raíces político-intelectuales del totalitarismo. En: La tenacidad de la política. RABOTNIKOF, Nora. Et. al. México. Instituto de Investigaciones Filosóficas. Universidad Nacional Autónoma de México. 1995. Págs. 29-38.

## El miedo como fundador de orden político

La propuesta hobbesiana se enmarca en la coyuntura histórica del hundimiento de las sacralidades y de las viejas visiones metafísicas del mundo antiguo y medieval, que fundaban el orden de la sociedad en referentes extratemporales, místicos y revelados; en consecuencia, era preciso fundar el orden político sin recurrir a los argumentos de naturaleza teológica y sustentar sobre tesis racionales la justificación filosófica de mando y la obediencia, que entre otras cosas es el problema político por excelencia.

La búsqueda de un nuevo principio racional de orden político indujo a Hobbes, como antes lo había hecho Maquiavelo, a situar la mirada sobre el Hombre, sobre la naturaleza humana, sobre la condición de ser mortal, con derechos naturales, es verdad, pero también con deseos y pasiones; con odios y amores; con temores y esperanzas; con ánimos de competencia y con propósitos de gloria y honor<sup>4</sup>; en suma, un ser humano común, un cuerpo pasional lleno de deseos que compite por ellos con otros hombres iguales a él y que por lo tanto desean y temen las mismas cosas.

Ese hombre hobbesiano poco tiene que ver con el ser humano pleno de virtudes y capaz de grandes heroísmos que habían propuesto los Clásicos y los Escolásticos de la “vieja moral”<sup>5</sup> como él los llama;

la felicidad en esta vida no consiste en el reposo de una mente satisfecha porque no hay ese *finis ultimis* (fin último) ni ese *summum bonus* (sumo bien)... y no puede vivir un hombre sin deseos, como tampoco puede vivir aquel cuyos sentidos e imaginaciones se han detenido<sup>6</sup>,

queda claro que el hombre hobbesiano es el ántropos, hecho de naturaleza mortal, prosaico y corriente, con un afán insaciable por poseer y dominar y con un miedo persistente y angustioso frente a la muerte pero específicamente a la muerte violenta y prematura.

Por eso Hobbes no se hace ilusiones frente a la capacidad de las virtudes éticas, como la justicia, la misericordia y la magnanimidad para

---

4. HOBBS, Thomas. *Leviatán*. Madrid. Editora Nacional. 1980. Pág. 199.

5. *Ibid.* Pág. 200.

fundar orden político; no niega que existan seres que posean estas virtudes pero las encuentra insuficientes y más que eso, las piensa contrarias a las verdaderas pasiones humanas que como dice el autor

llevan a la parcialidad, el orgullo, la venganza y cosas semejantes cuando falta el terror hacia algún poder supremo. Sin la espada de los pactos (estas virtudes) no son más que palabras y carecen de fuerza para asegurar en absoluto a un hombre<sup>7</sup>.

Lo que Hobbes propone es el abandono del hombre aristotélico y el descubrimiento de la condición humana, temerosa y deseante.

Por estas razones, el autor propone fundar la política y el poder en el miedo; en el temor que suscita el saberse iguales a los demás hombres y por tanto vulnerables ante sus deseos y necesidades, de allí que proponga como destino último para los seres humanos “el cuidar de su propia preservación y conseguir una vida más dichosa”<sup>8</sup>; es decir, conservar la vida, procurarse la seguridad y la tranquilidad pues sólo en una sociedad pacificada y desarmada es posible producir bienes materiales, relacionarse con otras naciones, desarrollar las artes y las ciencias y conseguir una vida más plena. No obstante, para que ello ocurra, se requiere intervenir en el desorden propiciado por las pasiones humanas e introducir un principio de orden social; de mando y obediencia, que apoyándose en el miedo cuasi permanente, incline a los hombres, razonablemente, hacia la invención del Leviatán<sup>9</sup>.

Esto querría decir que el Estado Moderno, más que de la guerra nace del miedo<sup>10</sup>; según Hobbes, el único argumento racional que podría inducir a los hombres a la obediencia, a la aceptación de un poder por encima de ellos o a renunciar a su libertad total, es el terror a la propia muerte situación inminente y continuada allí donde la soberanía está en

6. Ibid. Pág. 199.

7. Ibid. Pág. 263.

8. Ibid.

9. Ibid. Págs. 265 y ss.

10. Esta tesis había sido expuesta por Foucault a propósito de lo que el llama “la invisibilización de la guerra”. Ver: FOUCAULT, Michel. La guerra conjurada, la conquista, la sublevación. En: La genealogía del racismo. México, Editorial La Piqueta, 1992. Pág. 106.

disputa y predominan en consecuencia los estados o situaciones de guerra. El deseo de vivir, la pasión por la preservación física, el pavor de no poder disfrutar de los resultados del trabajo o de perder lo que se tiene a manos de un enemigo cualquiera, esa sensación permanente de inseguridad, de incertidumbre y de contingencia, es lo que viene a constituirse en el fundamento del orden político en la modernidad<sup>11</sup>.

La amenaza de muerte, es el instrumento de poder por excelencia, el miedo a perder la vida, a que se interrumpa abruptamente la existencia, es de la condición humana; por eso la supervivencia para Hobbes es la ley natural básica; si no existiese orden político y soberanía plena, si los hombres actuaran guiados únicamente por sus impulsos naturales, se destruirían unos a otros; el miedo aumentaría constantemente y en consecuencia la violencia para precaverse del contrario seguiría una espiral ascendente y progresiva; el terror y el miedo están pues en el origen de las guerras civiles y las violencias comunes pero al mismo tiempo, es ese pánico colectivo a la violencia y a la desaparición física; al caos y al desorden de la vida social, es lo que le abre posibilidades a la paz. A propósito dice Hobbes;

Las pasiones que inclinan los hombres a la paz son el temor a la muerte, el deseo de las cosas que son necesarias para una vida confortable y la esperanza de obtenerlas por medio del trabajo<sup>12</sup>.

Para algunos comentaristas, Hobbes es un pesimista antropológico; no obstante sería preciso matizar esa afirmación; nuestro autor es un profundo conocedor de lo que le ocurre a las personas sometidas a situaciones límites como la violencia y la guerra durante períodos largos y continuados; en parte por haber vivido condiciones similares en Inglaterra del siglo XVII, agobiada por guerras de religión y sucesión dinástica; este filósofo se acerca a la condición humana, a sus debilidades y miserias; a sus terrores y sus fantasmas; a los hombres corrientes y no a los

11. HOBBS, Thomas. Op. cit. Págs. 225 y ss.

12. Ibid. 227.

héroes a los santos o los demonios; y es precisamente ese acercamiento a las pasiones lo que puede contribuir a entender las dinámicas bélicas, las violencias cotidianas, las venganzas y los atropellos contra otros seres humanos, sin tener que apelar para explicarlo a la inhumanidad, a la sin razón, a la locura o a la barbarie.

Entender la violencia y la guerra como elementos constitutivos de la condición humana, tal como lo hace Hobbes, sería cerrarle el camino al enemigo absoluto y situar al contradictor en el plano del enemigo justo, el que puede hacer la guerra pero también firmar un pacto de paz a favor del tercero excluido (el Estado Soberano); y este acercamiento a las pasiones que prové una visión más caleidoscópica del ser humano, es la primera condición para cualquier acuerdo político de allí la importancia de este filósofo inglés.

A su vez, resulta de mucho interés ese redescubrimiento del miedo que hace Hobbes en los albores de la edad moderna, cuando la promesa de la ilustración pareciera haber desterrado los miedos metafísicos del hombre, que provendrían del oscurantismo, de la ausencia de luces y de conocimientos; nuestro autor se encarga de recordarle a la humanidad que hay un miedo más radical, más esencial y permanente que no viene de las esferas extratemporales sino de las pasiones, los deseos y los imaginarios del hombre mortal.

## **¿De qué miedo se habla?**

El miedo hobbesiano, esa pasión humana que explica la guerra y la paz, que es el principio estructurante del orden político y de la soberanía del Estado, es un miedo esencialmente moderno; miedo a los otros hombres en tanto que son libres e iguales; miedo racional que calcula, prevé y obra en consecuencia; miedo que se representa y se imagina lo que el otro puede hacer, porque todos tienen las mismas pasiones y deseos; en fin miedo secularizado que no puede esperar recompensas en el más allá, porque no hay más vida que ésta y por eso el propósito central de los seres humanos es preservarla hasta que la propia naturaleza defina cuál

es el momento de la muerte<sup>13</sup>, pero ante todo, se trata de miedo al desorden, al caos, a la incertidumbre y a la contingencia de vivir sin un único principio de orden en la sociedad<sup>14</sup>.

### • **Un miedo frente al otro hombre**

El miedo que según Hobbes funda el orden moderno no tiene que ver, en principio, con los miedos ancestrales o metafísicos, con el temor a la ira de los dioses, a las fuerzas desatadas de la naturaleza, a los castigos que vienen de lo alto o las penas en la otra vida; estos miedos perpetuos como los llama el autor<sup>15</sup>, tendrían que ver ante todo “con la oscuridad que reina entre los seres humanos, con la ignorancia sobre las causas que producen los desastres y la mala fortuna”<sup>16</sup>; es decir, temores premodernos que Hobbes como hombre de su tiempo confiado en las luces y el progreso, pensaba que se irían desvaneciendo en la medida en que pudiesen establecerse y explicarse las razones que los producen.

Estos miedos perpetuos o metafísicos sólo tendrían repercusiones políticas cuando fuesen usados como recursos de dominación por unos u otros; a propósito dice Hobbes: “algunos poetas antiguos dijeron que los dioses fueron creados al comienzo por el temor humano”... y más adelante afirma: “el propósito de las religiones es el de volver a sus fieles más aptos para la obediencia, las leyes, la paz, la caridad y la sociedad civil”<sup>17</sup>, sin embargo, él piensa que estos sanos principios no pueden ser fundamento de orden político; por el contrario, ve en las religiones motivos permanentes de disputas y enfrentamientos; de discordias recriminaciones, odios y guerras que deberían cesar cuando las iglesias, sus concilios y sus ministros quedasen sometidos al Leviatán; soberano indiscutido y absoluto.

13. Ibid. Pág. 229.

14. Este estado de incertidumbre y angustia es llamado por M. Oakeshott “la situación difícil”. Ver: OAKESHOTT, M. El racionalismo en política y otros ensayos. Fondo de Cultura Económica. México, 2000. Pág. 215.

15. HOBBS, Thomas. Op. cit. Pág. 209.

16. Ibid.

17. Ibid.

El miedo del que se ocupa Hobbes, es el que suscita en cada individuo la existencia de los otros con los cuales se relaciona y convive; miedo secular, mundano, que adquiere su sentido en el aquí y el ahora; miedo propio de la naturaleza humana y de su condición, que les teme a sus semejantes porque sabe que no son diferentes a él y por lo tanto persiguen cosas similares; miedo que nace de la convivencia porque el hombre no es un ser solitario y está obligado a vivir en contrapunto con los deseos y las pasiones de los otros y por tanto en permanente discordia con ellos; ese deseo insaciable de los seres humanos que como dice el autor

va de un objeto a otro donde la obtención del anterior no es sino camino hacia el siguiente... pues el objeto del deseo humano no es sólo de disfrutar una vez y por un solo instante sino asegurar para siempre el deseo futuro; en consecuencia, las acciones voluntarias y las inclinaciones de todos los hombres no sólo tienden a conseguir sino también a asegurar una vida satisfecha<sup>18</sup>.

Esta discordia permanente nacida de los deseos humanos y propiciada por la convivencia social, tiene, al decir de Hobbes, tres motivos principales: La competencia, la seguridad y la gloria, el primero hace que los hombres se enfrenten por las ganancias y los beneficios, por los bienes escasos diríamos hoy; el segundo hace que los seres humanos usen la violencia para defenderse e impedir que otros se apropien de lo que ellos tienen; es decir, para garantizar su propia seguridad y la de sus bienes; el tercero, la gloria o el honor, se refiere a la necesidad humana de ser reconocidos y valorados por los otros; dice el autor “los signos de subvaloración, ya sea directamente de su persona o por reflejo, de su prole, sus amigos, su nación, su profesión o su nombre es un serio motivo de disputa<sup>19</sup>” se trata de las humillaciones, el desprecio, las ofensas y lo que más contemporáneamente se ha dado en llamar “las heridas morales” que se convierten en razones para aplicar la fuerza en contra del otro.

18. Ibid. Pág. 199.

19. Ibid. Pág. 224.

Estos tres motivos de discordia referidos a la condición humana y desarrollados en la vida en común, son los que inducen los estados de guerra donde parece no haber lugar para nada distinto “al miedo continuo y peligroso de muerte violenta y para el hombre una vida solitaria, pobre, desagradable, brutal y corta”<sup>20</sup>.

### • Miedo a los iguales

Otro rasgo de la modernidad en los miedos hobbesianos, es el que tiene que ver con la igualdad; el temor que atenaza y conmueve a los seres humanos y que los induce a matarse entre sí no proviene de las desigualdades y las diferencias: no se trata de guerras de los fuertes contra los débiles; de los violentos contra los pacíficos; de los valientes contra los cobardes o de los civilizados contra los bárbaros; no es una confrontación que se articule sobre las diferencias; es una guerra desatada por la igualdad, desarrollada por la igualdad y mantenida por ella.

Hobbes sostiene que si entre los hombres hubiese grandes y significativas diferencias (de fuerza, de inteligencia, de ingenio o de conocimiento) y si hubiese grandes y manifiestas distancias entre ellos o si éstas fuesen irreversibles, la hostilidad y la guerra no tendrían espacio para su desenvolvimiento porque la correlación de fuerzas de mando y dominio quedaría definida de una vez y para siempre en el primer enfrentamiento (una guerra corta y definitiva) o porque el más débil, consciente de sus limitaciones y desventajas, desistiría de empuñar las armas y se sometería sin lucha al dominio que se le impone.

Pero entre los seres humanos hay más semejanzas que diferencias; para empezar, poseen idéntica naturaleza, los mismos derechos: nacen libres e iguales y sus distinciones son tan pequeñas y reversibles que no producen efectos significativos en lo que tiene que ver con las hostilidades pues como dice Hobbes...

---

20. Ibid. Pág. 225.

aún el más débil tiene fuerza suficiente para matar al más fuerte ya sea por maquinación secreta o por alianzas con otros que se encuentran en el mismo peligro que él<sup>21</sup>

por lo tanto el débil no desistirá de lograr su empeño y no depondrá el ánimo de confrontarse e ir a la guerra si es preciso.

A su vez, el fuerte, justamente porque es sólo un poco más poderoso o porque transitoriamente cuenta con mayores recursos bélicos, tenderá a mantenerse alerta y dispuesto para atacar o defenderse y tendrá que manifestar que si bien no quiere la guerra está dispuesto a hacerla y a someter al contradictor en cualquier momento;

... de esta igualdad de capacidades surge la igualdad en la esperanza de alcanzar nuestros fines y por tanto, si dos hombres cualesquiera desean la misma cosa, que sin embargo, no pueden ambos gozar devienen enemigos y en su camino hacia su fin —que es principalmente su propia preservación y a veces su delectación— se esfuerzan mutuamente en destruirse o subyugarse<sup>22</sup>.

En este clima de incertidumbres, de riesgos, de contingencias y de situaciones fortuitas donde la voluntad bélica de unos y otros nunca declina es donde el miedo cobra su propia dimensión e induce a los hombres al contrato y a la fundación del orden moderno.

### • El miedo racional

El miedo hobbesiano es un miedo que razona; que piensa, que calcula, que induce a sopesar posibilidades o riesgos; que diseña futuros posibles y deseables; en fin, es miedo razonable, que se fundamenta en hechos y que busca soluciones adecuadas en un horizonte de posibilidades reales; es un miedo con objeto definido —los otros hombres— y que permite saber qué hacer en determinados momentos y circunstancias; es un miedo que se puede instrumentar para producir terror y hacer desis-

21. Ibid. Pág. 222.

22. Ibid. Pág. 223.

tir al enemigo de sus propósitos, para obligarlo a ceder y a rendirse o para mantener en vilo su poder, recordándole a cada momento que las situaciones son reversibles y que puede perder su dominio incluso a manos de sus enemigos más débiles y pequeños.

Nadie puede estar tranquilo cuando la soberanía no se ha constituido o cuando la existente, ha sido puesta en vilo por una enemigo externo o por varios actores armados en el interior; todos, independientemente de sus diferencias y sus distancias sociales, están en peligro, en riesgo de perder la vida, los bienes, la fortuna, el respeto y el reconocimiento de los otros hombres; por eso dice Hobbes que es necesario tomar precauciones así sea en tiempos de paz; vigilar a los otros, a los vecinos, a los enemigos históricos o a aquellos que eventualmente se pueden convertir en oponentes y poner en riesgo la propia seguridad, demostrándoles con hechos, con palabras o con gestos que la guerra para defender la propia seguridad es una posibilidad abierta<sup>23</sup>.

Para demostrar a través de la propia experiencia estos asertos dice Hobbes:

medite entonces el que se arma y trata de ir acompañado cuando viaja, que atranca sus puertas cuando se va dormir; que echa cerrojo a sus arcones incluso en su casa... ¿qué opinión tiene de sus prójimos cuando cabalga armado, de sus conciudadanos cuando atranca sus puertas y de sus hijos y sirvientes cuando echa cerrojo a sus arcones, no acusa así a la humanidad con sus acciones como lo hago yo con mis palabras?<sup>24</sup>

Pero a su vez, los sometidos y subyugados, los desposeídos y humillados o los que han caído bajo el dominio de un enemigo determinado, también calculan, y prevén con qué fuerzas cuentan, cómo conseguir recursos, convocar aliados, diseñar estrategias, engaños, acciones por sorpresa, manteniendo siempre abierto el horizonte de la posibilidad de una victoria y a la guerra como un recurso necesario y como una solución posible<sup>25</sup>.

---

23. Ibid. Pág. 225.

24. Ibid.

25. Ibid. Pág. 223.

Es precisamente ese miedo racional, esa racionalidad miedosa, lo que conduce a los hombres a crear un poder común mediante la renuncia a los derechos naturales en beneficio de un tercero, el Estado, que los atemorice a todos y que los mantenga sujetos a sus mandatos y prohibiciones; es ese miedo racional o razonable el que funda la soberanía, el que define y estructura el orden político, el que mantiene y hace posible la obediencia, la vigencia de la ley, la justicia y el derecho porque como dice Hobbes “sin miedo a la violencia y a la muerte se haría imposible que ningún hombre estuviese obligado a la obediencia en ninguna clase de Estado”<sup>26</sup>.

### • El miedo que imagina y se representa al otro

El miedo hobbesiano es racional pero también es capaz de imaginar, de representarse situaciones, de construir referentes simbólicos y de expresarse a través de metáforas y emblemas; cuando Hobbes intenta explicar “esa condición que llaman Guerra”<sup>27</sup> señala muy claramente la diferencia entre la guerra como acción y la guerra como estado o situación;

la guerra no consiste sólo en batallas o en el acto de luchar; sino en un espacio de tiempo donde la voluntad de disputar en batalla es suficientemente conocida y por tanto la noción de tiempo debe considerarse en la naturaleza de la guerra... pues así como la naturaleza del mal tiempo no está en un chaparrón o dos, sino en una inclinación hacia la lluvia de muchos días en conjunto, así la naturaleza de la guerra no consiste en el hecho de la lucha sino en la disposición conocida hacia ella, durante todo el tiempo en que no hay seguridad, de lo contrario todo otro tiempo es paz<sup>28</sup>.

Con esta metáfora del tiempo atmosférico, el autor intenta explicar que el estado de guerra, es una suerte de clima, una situación de hostili-

26. Ibid. Pág. 227.

27. Ibid. Pág. 224.

28. Ibid. Pág. 225.

dad, un entorno inquietante, un sentimiento generalizado de inseguridad e incertidumbre donde prevalece el *animus belli* o sea la voluntad de enfrentarse, de resistir, de no someterse a un poder distinto al propio, de defenderse, si es necesario por su cuenta y riesgo de las agresiones de enemigos o contradictores de diferente orden.

En suma, el estado de guerra es una representación inducida por el miedo y la inseguridad; en el estado de guerra, las que se entrecruzan, no sólo las armas, son las representaciones, las visiones y las imágenes del enemigo, que como lo señala el autor, se han venido construyendo en un arco de tiempo prolongado durante el cual la voluntad de enfrentarse en batalla o el *animus belli* está suficientemente esclarecido y es conocido por todos los implicados<sup>29</sup>.

En los estados de guerra, cuando la soberanía está en disputa, cada individuo se forja una imagen de su contrario, porque su contrario no es distinto, es igual a él y tiene sus mismos deseos y pasiones; se representa su propia fuerza en relación con la de su enemigo, se imagina qué acciones puede llevar a cabo para someterlo o disuadirlo; manifiesta esa voluntad con hechos, con palabras y con gestos, interpreta las que le llegan de los otros, recurre a signos para expresarla y visualiza qué engaños o estrategias utilizarán contra él para precaverse de antemano y recurrir a las sorpresas y a las anticipaciones. No nos encontramos en el escenario de una batalla sino en el teatro de las representaciones intercambiadas, dentro de un arco de tiempo prolongado en el que el miedo alimenta y reproduce las manifestaciones hostiles de los individuos<sup>30</sup>.

Es el miedo, la incertidumbre, el clima de inseguridad lo que induce al ser humano a forjarse imágenes y representaciones del peligro que corre, de la ferocidad del enemigo, de la inminencia de perder la vida, de quedar desposeído de bienes materiales o de ser humillado y vilipendiado por sus iguales; representaciones puestas en juego, unas contra otras

29. Ver sobre este asunto: Foucault, Michel. Op. cit. Pág. 101.

30. Ibid.

que se retroalimentan y se multiplican y que pueden coadyuvar para poner en marcha la máquina feroz de la guerra como acción.

Se trata de representaciones e imágenes de lo propio y de lo otro, que se coimplican y se transforman a la sombra de las desconfianzas, los malentendidos y las inseguridades de todos contra todos y en ese escenario de terrores representados es precisamente donde se imagina el Leviatán; ese hombre artificial, esa máquina infernal, grande y poderosa que los somete a todos por el terror máximo que suscita en ellos y cuya representación iconográfica quedó plasmada en la primera edición de la obra; lo que se quiere decir aquí es que el Leviatán soberano no es únicamente una construcción racional y mecánica devenida del cálculo y la previsión de los individuos atemorizados; es también un imaginario, una representación simbólica, una metáfora, un arcano que mira imposible desde lo alto el paso de los siglos.

## **La ritualización del miedo**

El miedo, según Hobbes, sería el fundador del orden político, la justificación racional del mando y la obediencia y la condición para el logro de la vida en sociedad; si por miedo al desorden y a la anarquía, los seres humanos crean el dios mortal, unitario y soberano, que los sustituye y está en lugar de ellos asumiendo la totalidad de su poder, pudiera pensarse que esta estrategia política iría dirigida a suprimir el miedo de vida de los hombres a erradicarlo o a situarlo en lugares marginales o casuísticos pero no es así; el miedo, esa pasión racionalizante e imaginativa, secular y moderna no desaparece con la creación del Estado soberano; lo que se conquista con el Leviatán es la seguridad pues está muy claro que para Hobbes la paz, es seguridad y nada más<sup>31</sup>, pero el miedo sigue allí, latente, serpenteante, omnipresente y justificando una estructura de mando y obediencia que de otra manera, opina Hobbes, sería imposible mantener.

---

31. HOBBS, Thomas. Op. cit. Pág. 225.

Lo que puede esperarse de la soberanía estatal dice el autor,

es que el hombre pueda abandonar esa miserable condición (de guerra) que es consecuencia necesaria de las pasiones naturales cuando no existe poder visible que los tenga a raya y los sujete por temor al castigo, a la realización de sus pactos y al cumplimiento de las leyes de la naturaleza<sup>32</sup>.

Es decir, el devenir del Estado y la pervivencia de la soberanía, se siguen fundamentando en el temor; el temor a lo que él mismo creó, al castigo que puede derivarse de las acciones u omisiones si es que viola las leyes, rompe los órdenes constituidos o intenta desobedecer, disentir o revelarse; si incurre en alguna forma de desobediencia, esta actitud lo situaría por fuera del orden, en los márgenes de la sociedad, en el limbo de la indeterminación y con todo el peso del Estado soberano sobre su propia humanidad. Por eso es el miedo el que mantiene al individuo sujeto al orden establecido y en una estructura determinada de mando y obediencia.

Contrario a las lecturas convencionales de Hobbes, pudiera plantearse que el sometimiento al Estado soberano no es un mero asunto de imposición vertical y autoritaria del poder sobre los individuos ni que el Leviatán sea el Estado máximo que todo lo controla, lo decide y lo resuelve; por el contrario, la soberanía es una decisión racional de los ciudadanos y las funciones del soberano serían mínimas y referidas únicamente a la defensa de la Nación frente a las amenazas externas y frente a las tentativas internas de rebeldía, sedición y desobediencia; Estado mínimo y con funciones de mera seguridad tal como sueñan los neoliberales del presente<sup>33</sup>.

En efecto, el orden político que provee el Leviatán hobbesiano no se garantiza por la imposición brutal de un poder arbitrario sobre los ciuda-

---

32. Ibid. Pág. 238.

33. Según Bobbio, el Estado propuesto por Hobbes es máximo en cuanto no conoce límites legales o institucionales pero es mínimo en cuanto sólo tiene un propósito, garantizar la seguridad. Ver: BOBBIO, Norberto. Liberalismo y democracia. Fondo de Cultura Económica. México, 1988. Págs. 58-79.

danos, y la soberanía no se circunscribe a la dominación violenta; por el contrario, es ante todo un asunto de aceptación racional e ilustrada por parte de los individuos que se someten y deciden de buen agrado obedecer; es decir, la soberanía nace de abajo, del conjunto de los ciudadanos convertidos en *corpus político*, que optan por una estructura de mando y obediencia que les garantice la seguridad para sus vidas y sus bienes.

Esta idea de la soberanía desde abajo queda claramente expresada cuando Hobbes plantea las dos maneras de establecerla; la de institución y la de adquisición<sup>34</sup>; la primera —la más conocida— ocurre cuando

una multitud de hombres se ponen de acuerdo y pactan, cada uno con cada uno, que a un cierto hombre o asamblea de hombres se les concederá por mayoría el derecho a representar la persona de todos ellos<sup>35</sup>

éstos por miedo, por temor, por inseguridad, fundan el Estado y le dan la condición de soberano indiscutido.

La soberanía de adquisición es la que se funda sobre verdaderas relaciones de fuerza, sobre guerras como acción y que se establece después de una victoria militar; la nación o la parte de ella que pierde la guerra, pierde también su condición soberana y queda a merced del vencedor; frente a esta situación se presentan dos alternativas; o se decide liquidar a todos los derrotados, con lo cual la nueva soberanía de los vencedores quedaría plenamente establecida o se les otorga el beneficio de la vida a los vencidos que sobrevivieron; estos pueden intentar de nuevo la sublevación con lo cual se retornaría al estado de guerra e incluso a la guerra como acción o pueden optar por la sumisión al nuevo poder, pagarles tributos a los vencedores y jurar obediencia a sus leyes y prohibiciones; si esto ocurre, estaríamos frente a la fundación de un nuevo orden político. De una nueva soberanía<sup>36</sup>.

Esta situación de dominio y conquista, de subyugación y expoliación, que ocurre por la vía de la victoria militar, sólo se convierte en nueva

34. HOBBS, Thomas. Op. cit. Pág. 268.

35. Ibid.

36. Ibid. Pág. 270.

soberanía cuando los vencidos, frente al terror de una muerte violenta y prematura; con la zozobra de vivir perseguidos, vilipendiados y humillados y de no poder disfrutar tranquilamente de todo aquello que desean, eligen (racionalmente) la vida, privilegian la supervivencia, se someten de buen agrado a la obediencia y se sujetan al orden y a las leyes del vencedor; en ese momento, dice Hobbes, la dominación por la fuerza se convierte en soberanía porque los vencidos han transformado a los vencedores de sus enemigos en sus representantes; han instaurado un nuevo soberano que sustituye al anterior y le han otorgando, por propia decisión el máximo poder<sup>37</sup>.

En ambas formas de constitución del orden político (por institución o por adquisición) la soberanía se forma desde abajo, por la voluntad de los ciudadanos y por la vía de la co-presencia de todos aquellos que temen y anhelan la seguridad; en ambos casos se repite la misma secuencia: miedo, voluntad de los individuos y soberanía; por eso en el Estado, el miedo se hace soberanía, se materializa en ella, se expresa a través de ella y los ritos del soberano contribuyen a mantener los miedos vigentes y a recordarles a los ciudadanos que el Leviatán está ahí para protegerlos pero también para dominarlos.

Soberanía y guerra civil están siempre en perfecta oposición; si hay guerra la soberanía no existe y si la segunda está plenamente establecida la guerra y la violencia no tendrían espacio por lo menos al interior de las fronteras nacionales y sigue siendo válida la sentencia de Schmitt que comentado a Hobbes dice que “la soberanía es una guerra civil permanentemente impedida por una gran potencia”<sup>38</sup>; pero el miedo siempre está allí, no desaparece, no se sustituye, permanece latente, como al acecho pero se transforma y se transmuta como en la vieja alquimia y se manifiesta bajo diferentes formas; aparece como el enemigo en los estados de guerra pero en el Estado moderno, se viste con los arreos del

37. Ibid. Págs. 271 y ss.

38. SCHMITT, Carl. *El Leviatán en la doctrina del Estado en Tomás Hobbes*. México. Amalgama Arte editorial. 1997.

soberano y se expresa a través de los mandatos, las leyes, las sentencias de los jueces y las acciones de la fuerza pública.

El Leviatán que resume en sí mismo todos los poderes y representa a todos los ciudadanos, concentra también sobre su propia corporeidad todos los miedos y se convierte en el miedo por excelencia, en el gran terror que garantiza la obediencia y brinda seguridad; un poder soberano que está alerta frente a cualquier indicio de rebeldía ciudadana, poder vigilante para que ninguno rompa el pacto o introduzca elementos de desorden; poder supremo que suscita miedo porque tiene ojos y oídos que todo lo ven y todo lo oyen y que puede juzgar condenar y castigar sin que nadie pueda discutir sus determinaciones porque no hay nada sobre su propia majestad.

Para Hobbes, la pretensión de la soberanía no es la de erradicar la guerra de una vez y para siempre, se trata de mantener la seguridad en el interior y desplazar el conflicto hacia el exterior, hacia las fronteras de la propia Nación; señala el autor cómo los Estados en la edad moderna y una vez establecida su seguridad interna se mantienen armados y vigilantes de las acciones de sus vecinos y sobre todo en disposición de entrar en batalla; para explicarlo, el autor usa una metáfora comparativa: Los Estados, dice: “se mantienen en situación y postura de dos gladiadores, con las armas asestadas y los ojos fijos uno en otro”<sup>39</sup>, esto quiere decir que el *animus belli* se traslada a las fronteras, pero nunca se depone ni desaparece y así la guerra, con sus terrores e inseguridades, sigue siendo un horizonte de lo posible.

## La tentación del autoritarismo

Cuando la soberanía está en vilo y se ha vivido por largos períodos en “situaciones difíciles” como las llama Oakeshott<sup>40</sup>, en estados de guerra o en enfrentamientos civiles de largo aliento, el miedo se vuelve el

39. HOBBS, Thomas. Op. cit. Pág. 241.

40. OAKESHOTT, M. Op. cit. Pág. 213.

acompañante de los ciudadanos en casi todos los eventos de la vida cotidiana y es explicable que la principal demanda social se dirija a exigir seguridad, orden, vigilancia y control por parte de los poderes establecidos o que al menos posean la titularidad jurídica de la soberanía estatal.

Así lo vivió Hobbes, agobiado por lo que él llamaba “mi pena, por las calamidades actuales de mi país”<sup>41</sup>, y de alguna manera el contrapunto entre la pasión del miedo y el deseo de seguridad, constituyen un hilo grueso que le da sentido a buena parte de su obra; igual cosa diría San Agustín después del horror por el saqueo de Roma<sup>42</sup>; más adelante Tierno Galván en sus comentarios sobre Hobbes, señalaba cómo se requería un Estado fuerte ante la ferocidad, el pavor y el desastre producido durante la guerra civil española<sup>43</sup> y así lo están demandando sectores amplios de la población colombiana que parecieran preferir la guerra como acción a las incertidumbres de una negociación difícil o que optarían por un Leviatán autoritario con tal de que les otorgase seguridad para sus vidas y sus bienes.

La convocatoria colombiana del presente ha tomado el nombre de la paz pero lo que demanda en esencia es seguridad —muy en el perfil hobbesiano por lo demás— y exige de manera cada vez más radical, tranquilidad, restablecimiento del principio de autoridad, uso de la fuerza y la violencia contra aquellos que se revelan y desobedecen; en contra de los que contribuyen a incrementar el desorden, la anarquía, la contingencia e incertidumbre de vivir en un universo social, donde el miedo se ha convertido en el vector dominante. Lo que queremos señalar acá, es que esta demanda por seguridad y orden es en parte el resultado de estados de guerra prolongados y de “situaciones difíciles” sucesivas y si aceptamos las tesis de Hobbes, lo que las estaría induciendo a este clamor es el miedo: así lo han vivido casi todas las sociedades que han padecido tan intensa experiencia pero al mismo tiempo allí radica la gran tentación del autoritarismo y ese es el gran riesgo de Colombia en el presente.

---

41. Ibid. Pág. 216.

42. Ibid.

43. MOYA, Carlos. Introducción. En: HOBBS, Thomas. Op. cit. Pág. 77.

Es explicable que Hobbes tuviese la confianza puesta en el Estado Nacional moderno como la alternativa más razonable para el establecimiento de un sistema perdurable y estable de mando y obediencia; además, su Leviatán, el que quedó plasmado en sus obras y en las imágenes diseñadas por él, era todopoderoso, claro está, pero también benévolo, sabio, paternal, pedagogo, virtuoso y capaz de conducir a los ciudadanos al logro de sus deseos sin tener que apelar a la disputa perpetua.

El Leviatán hobbesiano, encarnaba pues la búsqueda de un principio en qué fundar orden político que permitiese reducir la incertidumbre, mitigar la zozobra y hacer predecible aquello que aparecía como amenazante o, en otras palabras, inducir la formación de una sociedad pacificada y desarmada; lo que quizá no previó el autor inglés, fue que su Leviatán se convirtiese en ese monstruo caprichoso y autoritario que anula la sociedad civil y reduce a los ciudadanos a una situación más lamentable y amenazante que la que vivieron en el estado de guerra.

No obstante, incluso en su época, cuando apenas el Estado nacional estaba naciendo, ese gigante artificial todopoderoso despertó grandes sospechas entre los interlocutores y los pares del autor que intuyeron detrás de esa figura, la eterna tentación autoritaria; Locke en su crítica a Hobbes decía que resultaba tan insensato pensar que el Leviatán podía garantizar la seguridad de los ciudadanos, como el creer que uno puede protegerse del peligro que representan las zorras y las mofetas, refugiándose precisamente... en la Jaula del León<sup>44</sup>; es decir; cambiar pequeños miedos y desconfianzas por el gran terror; ese que lo destruye todo y que termina por engullirse hasta las pasiones y los deseos humanos más íntimos y privados.

La experiencia humana de varios siglos de historia es suficiente para perder la confianza en las bondades intrínsecas del soberano; la sucesión de Leviatanes autoritarios y violentos, sin rastros de benevolencia o sabiduría, que no conducen a sus ciudadanos, como pensaba Hobbes, a la for-

---

44. SERRANO GÓMEZ, Enrique. Consenso y conflicto. Editorial Interlíneas S.A. México. Pág. 37.

mación de la sociedad civil, a la República, a la vigencia de la Ley y al logro de sus expectativas y deseos sino más bien a la aniquilación física, a la atomización de la sociedad, al aislamiento y al silencio<sup>45</sup>, es suficiente razón para rechazar la seguridad sin democracia y la autoridad sin acción política; la historia, en este caso tiene que servir como referente para resistir con buenos argumentos las tentaciones para resucitar el Leviatán después de siglos de esfuerzos dirigidos a domesticarlo, a limitarlo y a ponerlo bajo el control ciudadano a través de la democracia.

Conocer las razones del miedo y su forma de manifestarse mediante la clave hobbesiana, puede ser un buen principio para no caer en las redes tendidas por una incierta y vacilante promesa de seguridad ciudadana; no obstante estas reflexiones nos devuelven al principio, a las eternas preguntas de la ciencia política: ¿de qué seguridad estamos hablando y para quién?; ¿es posible como lo hace Hobbes y como parecen hacerlo muchos de nuestros conciudadanos, identificar seguridad y paz: dos términos que se demandan uno a otro pero que tienen alcances y contenidos distintos? ¿“El desafortunado vicio de la obediencia”<sup>46</sup> se puede fundar sobre alguna razón diferente al miedo o éste, con su indudable arraigo en las pasiones humanas tiene que seguir siendo el gran demiurgo de la política?

---

45. Arendt, describe muy bellamente lo que ocurre cuando se instauran Levitanes totalitarios y los inmensos costos para los individuos condenados a vivir en bajo dominios de esta naturaleza. Ver: ARENDT, Hannah. Los orígenes del totalitarismo; Madrid. Taurus 1974. Págs, 385-609.

46. ESCALANTE GONZALBO, Fernando. Los ciudadanos imaginarios. México. Colegio de México. 1993. Págs. 31-52.